

BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS

LA
de
CU-

lios

ción,

EMI-
LE-
LA
por
NDRA
ART-
por
SAAC
ITA.
por

e, sin



d. El Pana que narió

La
Novela
Proleta-
ria.

Esta in-
compa-
rable se-
rie lleva
publica-
dos los
números
siguien-
tes:



- Núm. 1.—«Sindicalista de acción», por Augusto Vivero.
- Núm. 2.—«Una pedrada a la virgen», por José Antonio Balbontín.
- Núm. 3.—«Las Animas Benditas», por Eduardo Barriobero.
- Núm. 4.—«La caída del Dictador», por Angel Pestaña.
- Núm. 5.—«Mi dama y mi star», por Angel Samblancat.
- Núm. 6.—«¡Pero mató a un burgués!», por Carrasco.
- Núm. 7.—«Las calaveras de plomo», por Salvador Sediles.
- Núm. 8.—«El Confidente», por Eduardo de Guzmán.
- Núm. 9.—«A tiro limpio», por Augusto Vivero.
- Núm. 10.—«La Bomba», por Rodrigo Soriano
- Núm. 11.—«Un ensayo revolucionario», por Mauro Bajatierra.
- Núm. 12.—«¿Dónde está Dios?», por César Falcón.
- Núm. 13.—«Infamias», por A. Jiménez.
- Núm. 14.—«La ley de fugas», por E. Mistral.
- Núm. 15.—«Abel mató a Caín», por Ramón Franco.
- Núm. 16.—«Un periodista», por E. Magre.
- Núm. 17.—«El enchufista», por A. V.
- Núm. 18.—«Noche Roja», por R. Soriano
- Núm. 19.—«¡Resignación, hermanos!», Salvador Sediles.
- Núm. 20.—«El Agente confidencial», César Falcón.
- Núm. 21.—«¡La guerra que viene!», Augusto Vivero.
- Núm. 22.—«¿Quo Vadis, burguesía?», Hildegart.
- Núm. 23.—«La lucha del soldado», E. Madarasz.
- Núm. 24.—«El traidor», por G. Nazari
- Núm. 26.—«El crimen de los Kulaks», G. Kosinks.

Se sigue la lista de la colección con el 30 por 100 de descuento.

É
X
I
T
O

**AUGUSTO
VIVERO**

Núm. 22



EL PAPA QUE PARIÓ




por E
n», por
por B
or A. V
rR. Sor
manos
s.
dencial
viene
guesia?
oldado
G. Nazz
Kulaks
uento.

**BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS
EDICIONES LIBERTAD
ROMA 41.-MADRID**

Ayuntamiento de Madrid

ES PROPIEDAD

Imp. Campos — Pedro Heredia, 1 dupdo.—Madrid



EL PAPA QUE PARIÓ

A la hora de ahora, Dios padre—por mal nombre Jehová—no sirve para nada. Vegeta, retirado de los negocios, desde que hizo asesinar a Jesús, el único hijo suyo, para que anduviese libre y triunfador Satán, que es otro de sus muchos hijos únicos (1). Pero, ¿quién impide al viejo Mito barbudo hacer de cuando en cuando una de sus bíblicas trastadas?

Y me la hizo. Veréis cómo.

Yo—perdonadme—había ido al sermón. Había ido, no en busca de regocijado esparcimiento, sino—¡quién sabe lo que puede suceder!—ganoso de irme preparando hábilmente para el desempeño de una cartera ministerial en la República. El nuncio iría, no sé por qué, a oír el sermón. Y el nuncio sigue siendo la segunda persona en el Estado republicano, como lo fué en el Estado borbónico.

No perdí el tiempo. Ante todo, porque logré me viera rezando monseñor, circunstancia indispensable

(1) Job, cap. II, vers. 1.

para ser ministro laico. Y, de añadidura, porque oí las razones que nos obligan a obedecer al papa talmente como si nos hubiera parido.

—¡Parir un papa!—clamaréis todo alborotados—. Pero yo sonrío con malicia y callo. Después hablaremos.

Una de las muchas razones incontrovertibles nace de ser Dios y el papa casi lo mismito, pues si aun no fuman, copean y comen juntos, a lo menos el papa constituye la cuarta persona de la Santísima Trinidad. Pero ¡qué cuarta persona! Infalible, indiscutible y hasta impepinable. Desde que el hombre coloca sus infalibles e indiscutibles posaderas en la sagrada "silla de San Pedro", que huele a milagros, el Palomo celeste se le coloca en la coronilla y, a uso de apuntador divino, le sopla cien prodigios de santidad.

¡Oh, magna, excelsa y archimorrocotuda "silla de San Pedro! Asentar ahí la nalgamenta implica nada menos que haber delegado Dios en uno todos sus poderes, a excepción del de ir y venir sin que nadie le vea ni por casualidad. ¡Silla prodigiosa! Tal es, que quien sitúa en ella los glúteos se vuelve un ángel inmediatamente y sube a tanto en el dogma, que sólo es posible compararle con D'Artagnan, el cuarto mosquetero, cuya excelsitud eclipsa y anula del todo a la de los tres protagonistas de la célebre Trinidad mosqueteril revelada a Dumas.

—¿Qué habrá en la "silla de San Pedro"?—decíame yo caminito de mi casa. Y pensando en las virtudes puestas por los tapiceros de Dios en el portentoso

so mueble, vine a quedarme dormido. Y cata que de pronto cae sobre mí la mano de Jehová.

Debo reconocer que tuve algo de susto, dada la pésima fama del personaje. Pero me sosegué a escape.

Jehová—discurrí—sólo aplica sus formidables aptitudes de cleptómano a merodear atributos de los Dioses Unicos que le han precedido. Y ni soy Dios Unico, afortunadamente, ni el Padre de judíos, cristianos y católicos dejó a sus mitológicos antecesores cosa que valga un pimiento. *Item*, si alguna escapó a su rebusco, la hizo suya Cristo, muy campante. Otro *item*, Dios no puede tener el absurdo prurito de hacerme papa. Tranquilicémonos, pues.

Puse los ojos en el dueño de la mano. Jehová, según enseña Ezequiel, echaba chispas. “*Desde las partes pudendas para abajo (2), era fuego; y desde sus órganos genitales para arriba semejaba como un resplandor, análogo al ámbar.*”

Aquel absurdo personaje—que al pronto me pareció colosal boquilla de ámbar—tendióme la mano. Y en la mano vi enorme bobina, impresa, de papel de periódico.

—¡ Me he caído!—gemí acordándome del rollo que hizo se tragara Ezequiel. Y, en efecto, “la imagen de la gloria de Jehová” me jugó la partida serrana que al profeta.

—“*Hijo del Hombre*—indicó, repitiendo la infeliz

(2) Ezequiel, cap. I, vers. 27, y cap. VIII, vers. 1 y siguientes.—La Escritura llama «lomos» a las partes viriles.

alegoría de antaño—, *haz a tu vientre que coma.*” (3)

¿Quién se opone a un disparate de Dios? Ezequiel, obediente, zampóse un rollo de indigesto pergamino. Yo, por no ser menos, ingerí la bobina. Y, ¡oh milagro!, tragarla y comenzar a leer mi vientre fué todo uno.

Lo que mi vientre leyó, imitando al del profeta, fué esto:

“Apañado está Dios si se juzga de su decoro, buen juicio y honradez por la gentecita que ocupó la Santa Sede. ¡Con decirte que ha parido un papa!

Leído esto, miré al Sopro. Y pues el Sopro, en las Escrituras, tiene manos, el de Ezequiel y mío—ignorante de que ahora se viaja en aeroplano—alargó su diestra, me aferró por los pelos (4) y, taf, taf., me llevó como una centella por los dominios de Ramón Franco.

De pronto vi a Roma, y en seguida me hallé en un desván oscuro, lleno de imágenes rotas y de algunos otros cachivaches vestidos de suciedad y telarañas.

—¿Qué ves, Hijo del Hombre?—preguntóme el Sopro con la boca que le conceden las Escrituras reveladas.

—Veo—respondí—un sillón de mármol blanco, con un agujero grande en el lugar donde se posan las nalgas. Mas no veo el cacharro de uso doméstico que debiera estar debajo.

(3) Ezequiel, cap. III, vers. 1 y siguientes.—(4) Idem, cap. VIII, vers. 3.

—¡Irreverente!—clamó el Soplo—. El chisme que aquí contemplas es la silla de San Pedro.

Solté la risa con muy corto respeto para mi celestial trasbordador.

—Oye—dije—, no me vendrás con que ahí, sobre el misterioso agujero, colocó sus venerables nalgas San Pedro. San Pedro es un mito como aquel pobre Jesús que anunciaba para su tiempo el fin del mundo. La Iglesia no ha podido probar que haya un San Pedro histórico—es decir, con posaderas—, ni que el ficticio pescador judaico viniese a Roma de turista. Más aún: los hombres juiciosos reputan superchería clerical ese zafio retruécano del “Pedro” y “la piedra”, ludibrio del Evangelio de Mateo (5), único que lo trae. Por tanto, este sillico no es la silla de San Pedro.

—¡Si lo sabré yo, Hijo del Hombre! ¡Qué vas a contarme respecto a embustes de la gente cristiana, si me han colgado una amigueta y un hijo natural! ¡A mí, que me pasé las centurias (6) llamándome Solo, Único, etc., etc.!

—Dime, pues: si el nalgatorio del mítico San Pedro no santificó la perforación en esta silla, ¿por qué es la de San Pedro?

—Escucha. La Iglesia, cínica siempre, asegura que los papas comienzan en San Pedro. Y, para uso de mentecatos, ha compuesto una lista oficial, verdadera Lista Grande, donde amontona embuste sobre em-

(5) Mateo, cap. XXV, vers. 18.—(6) Por ejemplo, Isaías, cap. XLV, vers. 5-6, 21-24.

buste. Primer papa, el fantasmagórico San Pedro: año 35. Segundo papa, un imaginario San Lino: año 67. Tercer papa, el camelístico San Cleto: año 78. Y así sucesiva y grotescamente.

—En plata, que si no hubo San Pedro, no hay silla de San Pedro. Todo impostura.

—Tanto como los Evangelios. En realidad, los papas comienzan el año 605. Desde 520 a 605, sólo hubo patriarcas. Y antes, desde 320 a 520, sólo comunes arzobispos. Del 320 para arriba, no preguntes. Todo son tinieblas, falsedades, invenciones. Desde que se ideó a Cristo y hubo quien se tragara el paquete, la secta judía de los cristianos vivió revuelta con las otras en las Comunidades judías. Por ende, si farsa resulta llamarle a un trasto silla de San Pedro, farsa y media es la lista oficial de papas, violento amaño con que la clerecía ofende a la verdad y al sentido común.

—Entonces, ¿esta silla horadada?...

—Es la verdadera silla pontificia. Por ahí pasaban los glúteos de todos los llamados a "papar". A propósito, te recomiendo uses el verbo "parar", invento de Cipriano de Valera (7), y que se forma como, de rey, reinar. Esta silla es la que denominó la Iglesia *stercoraria*, "silla del estiércol". Esta, y otra muy semejante, permanecieron durante siglos en una gale-

(7) En «Los dos Tratados del Papa y de la Misa», edición de 1851. Narra (págs. 35 y sig.) muchas atrocidades pontificias.

ría del palacio de Letrán, cerca de la capilla. El P. Mabillón las pudo ver aún en 1685.

—¡Hola!—dije—. ¡La tan renombrada *silla del estiércol*! A lo que parece, sentado ahí el vicediós—no sé si con designio de evacuar ciertas necesidades—repetía los versículos 7 y 8 del Salmo 113: “El levantará del polvo al pobre, y al menesteroso del estiércol. Para hacerle sentar con los príncipes, con los príncipes de su pueblo.

Sonrió el que tenía el sexo entre resplandores, mas no dijo oxe ni moste.

—Franquéate, Soplo (a) Espíritu Santo—pedí—. ¿Es que los papas, en esto semejantes al “Rey Sol” francés, concedían a sus amigos, por privilegio, asistir al acto solemne que consumaban en el sillico? ¿O es que los cristianos papícolas creyeron insigne talismán las defecaciones de su pontífice? Navarrete memoró, en una de sus misivas a don Juan de Austria, que la excreta del papa tibetano—idéntico a su imitador de Roma—se consideraba milagrosa reliquia—. Tornó a sonreír mi ambarino personaje.

—Hijo del Hombre—se excusó—, el sigilo profesional me impide responderte cuanto a las deyecciones pontificias. Pero si aun hoy parece a los católicos exquisito regalo besar al papa las zapatillas, supón qué hicieron los aduladores en época de barbarie. Sobreañadiendo, hartó sabes como yo quería que el profeta Ecequiel paladease caca de israelita y de ganado vacuno (8).

(8) Ecequiel, cap. IV, vers. 12 y 15.

Hizo breve pausa, hurgóse con la uña entre los dientes y agregó:

—Con todo, esta silla papal—que hoy, púdica y embusteramente dicen “stercoraria” por aplicarle a viva fuerza lo de la copla salmista 113—tuvo muy otro empleo del que la Iglesia propala. Tal silla o sillico sirvió para... para... ¿No lo adivinas?

—¡Ay! Desde que el Hijo adivinó que sucederían ciertas cosas, las cuales nunca se cumplieron, nadie cree ya en adivinaciones.

—Pues... la silla horadada de San Pedro aplicábase indecentemente a una que llamaríamos prueba testifical. Servía para, en toda elección de un “Vicario de Cristo”, ver si el futuro papa era hombre... lo que se dice hombre. ¿Me explico?

—¡Demasiado, mecachis! ¡Caray con la silla de San Pedro, y qué uso tan pío! Y, dime, ¿a qué inquirir si los papas estaban completos? ¿Quizá les hacían dormir con las devotats?

—No, chico—arguye sonriente mi Soplo—. Ya dormían ellos sin que nadie se lo exigiera. Es que—para escarnio de una religión que coloca una membrana himen en los altares y excluye hoy a la mujer del sacerdocio—hubo un papa del linaje de Eva. He ahí el porqué del reconocimiento dactilar.

—¡Un papa hembra!—exclamo.

—Y, de propina, real hembra—corroboraba el Soplo, yendo a sentarse en el que llamaremos sillico de San Pedro—. ¡La célebre papisa Juana!

Atontado, como si acabase de leer el Apocalipsis atribuído a San Juan, caí sobre una virgen desnari-gada que yacía de largo a largo en el suelo.

* * *

Cuando pude hablar, dije:

—¡Una mujer, y ni siquiera virgen, comanditaria del Dios Padre, del Dios Hijo y del Dios Palomo! ¡Qué pifia para el Espíritu Santo!

—Con razón escribía vuestro piadosísimo fray Alonso Venero: “¿Qué mayor mal queréis que una mujer, por sus astucias y letras mundanas, disimulando su sexo y naturaleza, usurpase la silla pontifical de Christo?” ¡Era para que el Espíritu Santo se suicidase! Bien escribe vuestro papicísimo fray Juan de Pineda: “Hecho fué este que pone admiración, haberse atrevido una mujer a ser vicaria de Dios; que la virgen santa María es habida por irregular, por ser hembra.” ¡Fué, para nosotros, los de allá arriba, un planchazo terrible!

—¡Bah! ¡No exageremos!—repuse—. Aparte de que hasta el siglo VII hubo sacerdotisas cristianas, según consta por el Concilio de Calcedonia; prescindiendo también de que el obispo alejandrino Atanasio se refiere a las sacerdotisas cristianas de su época para decir que pecaban de lascivas y desenvueltas y ser fácil verlas desnudas en los baños públicos con diaconos mocitos; ¿es que el caso de vuestra papisa Juana es único?

—Recuerda, Soplo—continué—que hubo una mujer patriarca de Constantinopla. La denunció Arequiro, príncipe de Benavento, y desnudándola en Santa Sofía sus curas, la encontraron mujer de pies a cabeza, por lo cual fué aprisionada en un convento de religiosas. Recuerda también, ¡oh Soplo!, que Eugenia, la hija de Filipo, gobernador de Alejandría en tiempos de Galiano, rigió una comunidad hombruna, y sólo descubrió su sexo para exculpase respecto a la deshonra de una mozueta.

—Bueno, sí—refunfuñó el Soplo barbudo—. Mas el papado sostiene que tener órganos reproductores femeninos es incompatible con el solio papal, donde hacen falta órganos reproductores masculinos. Por eso, escribió muy bien el Mantuano estar en los Infiernos la papisa Juana:

*“Hic pendebat adhuc sexum mentita virilem
Foemina cui triplici Phrigiam diademate mitram
Extollebat apex, et Pontificalis adulter.”*

—¡Ah! Entonces, ¿el sillico de San Pedro era para cerciorarse de...?

—Exacto. Antes de consagrar al papable, lo ponían sus clérigos en este sillón, entreabierto de muslos y con las ropas sacerdotales de tal modo apartadas que permitiesen la comprobación visual. Pero aun cabía desconfianza. Desconfianza por ciertos postizos. Y dos diáconos, uno tras otro, tendían la mano por el agujero y... y, ya seguros de no haber trampa, volvíanse al concurso y decían: “¡Papam habemus!” Entonces, tras un general “¡Deo gratias!”, el papa

era consagrado. Conque, ¿es o no esta la indiscutible silla de San Pedro?

—¡Qué espectáculo más edificante! Pero no me choca. En el *Génesis* vemos que el criado de Abraham, antes de ir en busca de mujer para Isaac, presta juramento con las manos sobre las partes pudendas de su señor (9). De modo, pues, que el reconocimiento dactilar practicóse a los “Vicarios de Cristo” después de la papisa Juana.

—Justo. Desde Benedicto III, que sucedió a Juan VIII (nombre oficial de la papisa), hubo aquel in-mundo manoseo. Y oye algo muy gracioso. Se practicó el reconocimiento aun a papas cargados de hijos, como Alejandro VI, que tenía cinco de su Rosita Vanozza.

—¿Qué oigo? ¡Papas papás!

—¡Qué duda cabe! Papa y papá fué Hormisdas, que (como el impotente San Félix III) estuvo casado antes de papar. El hijo de Hormisdas papó con nombre de San Silverio. Ahora bien: “Vicarios de Cristo” con querindangas e hijos naturales los hubo a montones.

—¿Es posible? Yo creí que sólo aquel Lando, que había tenido con una adúltera el hijo que después fué papa y llamóse Juan XI o X... Por más que ahora recuerdo a Adriano V, vástago de Inocencio IV, y a Gregorio II, hijo de Clemente VI, hecho papa a los diecisiete años...

(9) *Génesis*, cap. XXIV, vers. 2-3.

—¡Bobo! ¡Si es el cuento de nunca acabar! Sergio III tuvo un nene de su querida Marozia, y el hijo de tal madre papó con el nombre de Juan XII. Este tuvo también querida y un hijo, que llegó a papa con el mote de Juan XIV. León X fabricó también un bastardo, que fué papa con el apodo de Clemente VII. Y ¿a qué seguir- Comprenderás que la ceremonia dactilar resultaba inútil con señores tan notoriamente machos. Así, el último “sucesor de San Pedro” sometido al palpeo de marras fué León X. ¿No has oído que el maestro de ceremonias de León X relató en *Le Journal*, de París, la singular ceremonia a que sometieron al pontífice en la silla perforada? De modo, pues, que hasta el siglo XVI se tactó a los papas por el agujero famoso.

—¡Y aun discute la Iglesia si hubo papisa Juana! ¿Cómo explicar entonces la grosera ceremonia?

—Tienes razón. Como le abochornó la cosa, hizo lo contrario que con Jesús, los apóstoles, María y demás cofrades. A éstos los sacó de la nada, en tanto que a la papisa nos la escamoteó de la Historia. Y asaz fácilmente. Con sólo un decreto prohibitivo de incluirla entre los papantes. Pero se fastidió. No sólo hablan de ella escritores piadosísimos y papicios como Mariano Scoto, Martín de Polonia, Bourbón, Platina, Sabelico, San Antonino, etc., sino que hay hasta un testimonio pétreo. Que al restaurarse la catedral de Siena mediando el siglo XV, allí esculpióse en mármol los bustos de todos los papás. Y entre las imágenes de León IV y Benedicto III—es decir, en el puesto que le corresponde—se puso la de la pró-

jima con esta inscripción: "*Juan VIII, papa mujer!*"

—¡Pobre Espíritu Santo!—volví a suspirar. ¡Qué descrédito tan espantoso!

—¿Y por qué?—protestó el Soplo—. ¿No es de preferir una papisa con aptitudes para dar a luz que no un sodomita como Julio III?

—¡Arrea! ¡Un "sucesor de San Pedro! manflorita e infalible!

—Sí, hombre. Por cierto que Julio III hizo cardinal a su cómplice Inocencio, sodomita de diez años, a quien llamaban todos "Ganimedes". Y recibió de su nuncio en Venecia, el sodomítico monseñor de la Casa, aquel extraño homenaje de un libro compuesto en elogio del pecado nefando. Mas no creas fué Julio III el único Infalible de esa cofradía. Otro muy ruidoso hubo: Juan XXIV, que envenenó al Alejandro V para papar él.

—¡Un papa envenenador, oh Soplo volante y parlante! No lo digas en España. ¡Te denuncian!

—¡Ah!, ¿te maravilla lo del veneno? Pues pon oído. En trece años, mediante la ayuda de un tal Gerardo Brazuto, seis papas se despenaron unos a otros: Clemente II, Dámaso II, León IX, Víctor II, Esteban IX y Nicolás II. Tampoco pongas en olvido al Alejandro VI, inventor del famoso "veneno de los Borgias". Ni que un Pablo III envenenó a su propia madre, a la hermana, con quien él cometía incesto, y a otra hermana que no lo quiso cometer. Ni que, mediante veneno, la impúdica Marozia fué de hecho tan papisa como su madre Teodora, manceba del "Vicario de Cristo", Juan X u XI.

—¿Marozia, la querida de Sergio III, el que fué tres veces soberano pontífice?

—La misma. Ya sabes que tuvo un hijo con aquel papa. Agrega que Marozia, envidiando el poderío de su madre Teodora—verdadera jerarca de la Iglesia entonces—, mandó matar al papa Juan XI, padrastro suyo por gozador de su madre. Pero, pues, la clerecía y el pueblo romanos—únicos electores de papas—hicieron papar a León VI, Marozia le envenenó cristianamente. Como envenenó a Esteban VII, a quien papabilizaron en seguida. Entonces ya subió a Infallible el hijo de la envenenadora, con el apodo de Juan XII, que para otros es XIII. Así, desde 930 a 935 rigió de hecho la Iglesia romana una mujer y de las presidiables.

—¡Oh, noble origen divino de los romanos pontífices!

—¿Te pasma, Hijo del Hombre? Pues el granuja que compró el apodo de papa tras el chico de Marozia, también se las traía. No sólo hizo cardenales a muchachuelos sospechosos. No ya trocó su palacio en burdel. Aún se atuvo, para regir los negocios de Dios, a los consejos de tres de sus queridas: Reina, Ana y Estéfana, que fueron barraganas suyas tras serlo de su padre. A este Juan XIII o XIV—depuesto por el sínodo romano y repuesto por propios riñones—lo despenó el marido de una de las concubinas que le ayudaban a regir la Iglesia romana. Conque, ¿a qué tantos ascos a la papisa? ¿Porque se refocilaba con un amante en la propia "silla de San Pedro"?

Púseme de un salto en pie, y aduje, lleno de indignación:

—¡Tú eres de los masones, divino Soplo! ¿Quién va a creer que el cónclave cardenalicio eligiera por papa una señora? ¿Por ventura se acostaron con ella todos los cardenales?

—¡Ignorante!—repuso—. ¿Piensas que antaño se hacía la elección de papa igual que hogaño?

—No sé. A lo mejor los mandábais desde el cielo, con un letrerito en la espalda. Era lo indicado.

El Soplo frunció las cejas, tiróse de las greñudas barbas y

—¡Rezambomba!—dijo—. Con lo cual temblaron cielos, tierra y mares, según acreditada costumbre de la Biblia.

* * *

—¡Oh, tú!—repuso al acabar el temblequeo celeste y navo terrestre—; sabe que hasta el siglo VI, los que hoy llamáis papas fueron elegidos exclusivamente por la clerecía y el pueblo romanos, que nombraban al ambicioso más intrigante o más rico. Desde la VI centuria, por servilismo de algunos pilletes pontificales, comienzan a intervenir los emperadores, que, de cuando en cuando, instalan en Roma a uno de sus domésticos religiosos. Hasta 1179 no principia el comité de cardenales a brujulear de veras en las intrigas y sucias combinaciones que preceden a la elección del llamado pontífice.

—¿De modo, pues, que a la papisa Juana eligieron-la el pueblo y la clrigalla de Roma?

—Exactamente como a los facinerosos que he mencionado y a muchos más, anteriores y posteriores. Sólo que la eligieron creyéndola macho. Y fué Juan VIII.

—Pero si la Iglesia la suprime de su catálogo pa-paísta...

—¿Y qué? Por haberla suprimido, ¿fué menos pa-pa? ¿Dejó de ordenar sacerdotes? Y tales sacerdotes, ¿dejaron de decir misa? ¡Que la suprimieron! Ya me oíste ser groserísimo embuste la burda Lista Oficial, formada, según mente la Iglesia, sobre el "*Liber pontificalis*". Porque algunos manuscritos del "*Liber pontificalis*"—que no pudo falsificar la Iglesia conforme a su inveterada costumbre—refieren la historia de la papisa. Aún más: dos catálogos de papas escritos a fines de la centuria XII contienen la mención expresa: "*Papisa Johanna non numeratur*", "*No se enumera a la papisa Juana.*" Y aún más: el pontífice Juan XXI, por respeto a la verdad histórica, no quiso prestarse a la impostura de suprimir al papa hembra, y se negó a llamarse Juan XX.

—Y digo yo. ¿Con qué derecho suprime la Iglesia del Pontificado a unos papas tan papas como los que no ha suprimido?

—¿Por qué? Porque tal gentualla "ilustró" la "silla de San Pedro", que, más tarde, avergonzadita la Iglesia—¡figúrate tú, para que se avergüence la Iglesia!—quiso adecentar unas miajas la colección de representantes de la Providencia. Para ello quitó de

su lista los más ruines. ¡La de Estébanes, Clementes, Juanes, Benedictos, Sixtos, Constancios y Félix, que desahució de sus escalafones! En fin, cómo serían casi todos, que en el catálogo hubo que conservar no pocos sinvergüenzas.

—Luego esa lista oficial es una lista para tontos...

—¿Como que ni el Verbo Divino la entiende! La misma Iglesia se arma el lío padre ahí. Al San Gregorio, colocado de manera oficial en el número 66 de los papadores, yo mismo no sé si le incumbe irse al 62, 63, 64 ó 65. Al Pablo II que hoy instalan en el lugar 213 de la lista, los historiadores pontificios le atribuyen, unos, el 215; otros, el 218; otros, el 219, y otros, el 220. Del Sixto V, atornillado por la moderna embustería papal en el número 229, se ignora si es el papador número 231, o el 234, o el 236. ¿Verdad que, de puro boba, esa lista parece dictada por la Revelación?

—Me dejas bizco. Ahora veo que el suprimir a la papisa...

—Amaño como la casi totalidad de las otras eliminaciones. Y amaño injusto, pues siguen considerados papas individuos repugnantes. Por ejemplo, Bonifacio VII. Este robó los tesoros de la Iglesia de San Pedro, escapóse a Constantinopla, los redujo allí a pasta mineral catalana y, andando el tiempo, volvió a Roma con el propósito, a que puso cima, de comprar nuevamente el título de papa. Entonces encarceló a Juan XV (quien, asimismo, figura en la lista de Infalibles), le sacó los ojos y dejóle morir de hambre. Como este bellaco te podría citar algunos.

—Pero, ¿de qué modo se las apaña la Iglesia en ese galimatías de su impostor catálogo papicio?

—¿Cómo? Coge la Lista Grande y examínala. Comprobarás que el Papado, pese a su desenvoltura, no sabe si a Juan XV decirle Juan XVI, XVII o XVIII. Y pues no lo sabe, a cada Juan de los siguientes tampoco logra darle un ordinal fijo. Por tanto, reconoce que Juan XX lo mismo puede ser XXI que XXII. Eso sí, ni a tiros te dirá que la clerecía y el pueblo de Roma eligieron, entre León IV y Benedicto III, un Juan VIII, que fué mujer y calentoncilla.

—No me choca. Yo sabía que por haberse zampado la Iglesia un Clemente VII y un Clemente VIII, llama VII al IX. Y que por tragarse a los Benedictos V y VII (como también se tragó al XIII), su Benedicto XI constituye inconmensurable falsedad histórica. Pero lo atribuí a que fueron antipapas.

—¿Qué antipapas ni qué narices! ¿No escuchaste cómo elegían entonces al que ahora decimos Soberano Pontífice? Antipapa es, por ende, un papa tan papa como los otros. Te lo demuestra la propia Lista Oficial. Bonifacio VII, Juan XXVII, Benedicto X y Alejandro V fueron antipapas, según la teoría que hoy impone la Iglesia. Pues bien: los sucesores suyos, al tomar numeración, respetaron la que habían usado aquéllos. ¿Hicieran tal si los reputasen ilegítimos?

—Hablas como Dios, amigo Soplo. Sin contar con que la Iglesia, en tanto se abochorna de su pa-

pisa, recibe por papas aun a excomulgados. ¿Recuerdas lo de Formoso? Excomulgáronle un papa y un concilio. Esteban VI lo hizo desenterar y cortarle los dos dedos con que consagraba. Sergio III (¡el que papó tres veces!) desenterró asimismo el fiambre, hízole cortar los otros dedos de la mano derecha y arrojó al Tíber la momia. ¡Y Formoso es el papa 114 de la Lista Oficial!

—¡Bah! Papa número 136 es el Benedicto VI (o V, o VII), encarcelado por sus bellaquerías y a quien asesinó el miserable Bonifacio VII, papa número 138, que hizo lo propio con el papa número 137, Juan XV. Papa número 149 es el Gregorio VI, excomulgado por un concilio. Papa número 173 es Gregorio VIII, a quien pasó igual. Papa número 207 es Juan XXIV (o XXIII o XXII), con todo y haberle depuesto y excomulgado otro concilio por asesino de Alejandro V. Y...

—¡Como que la historia de los Infalibles es una ignominia!—chilló el ambarino Soplo—. Grotesco es un papa hembra con el trastorno mensual; pero, ¿y lo de coincidir en Roma tres papas excomulgándose mutuamente?

—Sí, ya sé. Benedicto VIII, Silvestre III y Gregorio VI. Y casi lo mismo sucedió tocante a otro terceto: Gregorio XII, Benedicto XIII y Alejandro V.

—Pues aún hubo algo peor, cuatro papas a un tiempo: Víctor, Alejandro III, Calixto y Pascual. ¿Modo de encubrir estas indignidades? Dejar en la

lista un solo infalible, pese a tener los otros su papazgo de la misma manera. ¡Farsa, farsa, farsa!

Y el hombre del sexo iluminado soltó, colérico, fuerte puñada sobre una de sus celestiales y vellosas piernas.

* * *

—¿Vamos a la señora papisa?—dije con timidez.

—Vamos—gruñó el Soplo—. La historia de la Vicaria de Cristo se conoce con bastantes pormenores merced a la crónica manuscrita del sacerdote papal Mariano Scoto, descubierta en la abadía de Fulda. La obra del historiador insigne, coevo de Gregorio VII, Víctor III, Urbano II y Pascual (1073-1099), ha permitido confirmar y ampliar las referencias de otros posteriores cronistas (10).

—¡Ah! Pero, ¿hay otros que corroboran el caso?

—Muchos y muy devotos. Verbigracia, en el siglo XIII, dos dominicos, Martín de Polonia y Esteban de Bourbón. Y debe reputarse veracísimo lo expuesto por Mariano Scoto, no ya por el justo nombre de este sacerdote, pero también porque ni el ensoberbecido Gregorio, ni ninguno de sus sucesores inmediatos se atrevieron a exigirle retractación al puntualísimo cronista.

(10) Libro admirable sobre el asunto es el del inglés Alejandro Cooke. Poseemos la edición francesa: «La papesse Jeanne, ou dialogue entre un protestant et un papiste. Mis en francois par I. de la Montaigne». Sedán, 1633.

—A ver, a ver. ¿Qué dice éste?

—“A comienzos del siglo IX—escribe Scoto—Carlomagno, tras vencer a los sajones, deseó convertirlos a la fe cristiana. Con tal propósito pidió a Inglaterra sacerdotes cultos que le ayudaran en su designio. Entre los que pasaron allá estaban un clérigo inglés y una jovenzuela, quien, por ocultarles a los suyos verse cercana a parir, había determinado seguirle. Hubieron los enamorados de parar en Maguncia, cortando su viaje, y allí la inglesa echó al mundo una niña llamada a maravillar a las edades futuras. La niña era Juana”.

“Se ha discutido—aclaró el Soplo—si el verdadero nombre de la chiquilla fué Gilberta, y si el nacimiento acaeció en Engelheim o en Maguncia. Mas lo que parece averiguado es que la niña creció y se discipuló en Maguncia. Las lecciones de su padre, varón cultivadísimo, no cayeron en tierra estéril. Muy despabilada, con ardorosas inclinaciones al estudio, la futura infalible—descolló tan pronto, que a los doce años admirábanla en todo el Palatinado por sus conocimientos.

”Como guapa, lo era y mucho. Así vino a prendarse de ella un religioso de la abadía de Fulda, también moceril y de padres ingleses. La muchacha no fué sorda ni arisca, que las ropas clericales tienen en sí misterioso poder afrodisíaco. Se aficionó Gilberta al religioso y, con arranque muy de la época, salióse del hogar paterno para, en hábitos varoniles y con nombre de Juan el Inglés, irse a darle cobijo a sus apetencias eróticas en la suave abadía fuldense.

"Bien porque Gilberta pareciese muchachuelo al superior, bien porque hiciera éste la vista gorda—cosa no muy de admirar en tiempos de laxa disciplina clericalesca—ello es que Juan el Inglés quedó recibido entre los monjes. Y que en la sagrada comunidad hombruna pudo aprender sobremanera la moza. Que aparte lo que la debió enseñar su amancebado, dábale frecuentes lecciones de humanidades el famoso arzobispo Rabán Maur.

"¿Oliscó alguien el enredo? ¿Quiso algún otro, descubridor de la trapisonada, llamarse a la parte en los deleites? ¡Misterio! Mas, de improviso, el fraile y su amiga tomaron el portante y dieron con su apañijo en Inglaterra. Dícese que allí siguieron estudiando—siempre con ropas frailunas Juan el Inglés—, y ha de inferirse que los fugitivos prosiguieron conjugando verbos más propios de una pareja en amores.

"Después, amando y estudiando, pasáronse a Francia, donde la futura papisa controvertió con gentes de mucho saber, poniendo asombro en algunas de las más notables: Saint Anschaire, la duquesa de Septimania; el abad de Ferriere y fray Beltrán. Aquel frailecillo gentil—iba Juana por los veinte años y estudios y amores ponían livideces en su rostro—causó tanto efecto en las damas pías, que hubo de costarle no poco trabajo sacudirse algunas admiradoras, excesivamente apegadas al ansia de ser instruídas por él en secreto.

"Sin que se conozca el por qué—puede que por temor a la insistencia infatigable de algunas amoro-

sas damas—, la joven huyó de París con su galán. Y en Marsella embarcaron rumbo a Grecia.

”Diez años vivieron en Atenas, agenciándose las como podían y en trato continuo con los varones más afamados en artes y letras. Pero, de una parte la repentina defunción del amigo, y de otra la dificultad en que, por el uso de dejarse la barba los griegos, veíase la aventurera tocante a esconder su condición mujeril, la hicieron irse de Grecia.

”¿Qué la determinó a tomar la vuelta de Roma? Infieren que una de las razones estuvo en usarse acá las caras rasuradas. Con todo, puede colegirse que al venir a Roma hizolo Juan el Inglés por una ambición que le puso en el cerebro mi Omnipotencia. ¿No acababa de ver cuán fácil era encumbrarse a papa? El caso de aquel Sergio II—antes llamado Osporci, “Hocico de puerco” y a quien se debe la costumbre de mudar su nombre los que papam—, descubría ser muy factible auparse a plenipotenciario de Dios teniendo un poco de audacia y un mucho de astucia.

”La astucia de la joven cuajó en acogerse a su honda sapiencia para reunir prosélitos. Entró en la renombrada “Escuela de los Griegos” a que había dado tantísimo lustre San Agustín; y sobre tener allí cátedra de las siete artes liberales, instruyó en varias ciencias a los muchos que acudían a oír su palabra, y que eran otros tantos encomiadores de su verbo elocuentísimo y su profunda ciencia.

”Mas la aventurera no dejaba la ida por la venida. Y, poco a poco, por voz de sus admiradores, hizo

valer sus merecimientos para heredar a León IV, cuando las abominables aventuras del papa con su serrallo monjil le acarrearón la dolencia de que murió a principios del año 853.

”Aún no había muerto el lascivo “sucesor de San Pedro”, y ya, unánimes, doctores, frailucos, sacerdotes y nobleza propugnaban con frenesí en los lugares públicos romanos la candidatura de Juan el Inglés, “docto entre doctos”. Y, en efecto, clerecía, caballeros y pueblo proclamáronla jerarca de la Iglesia de Roma. Tres obispos la ordenaron en la basílica de San Pedro (año de 853), con asistencia de comisionados del viejo emperador Lotario. Después, muy pomposa con los arreos pontificales, Juana pasó con lucido y grande cortejo al palacio patriarcal, donde se acomodó en la Silla de San Pedro, que aún no mostraba la famosa oquedad.

No me pude contener.

—¡Oh divino Sexo rutilante!—hablé al Soplo—. ¡Me anonadas! ¡Vicario de Cristo una mujer, harta de refregar el lomo en el lecho de su fraile! ¡Qué traguito para la Divina Providencia! ¡Como para pedir la jubilación!

Hubo un silencio. El Ambar celestial rascábase la coronilla y se miraba el negro de las uñas.

—¡Necio!—exclamó a cabo de rato—. ¿Por ventura no han regido ya la Iglesia Marozia y su madre Teodora? ¿No aconteció lo mismo con la condesa Matilde, sucesivamente querida de Clemente III, Víctor III y Urbano II? ¿No logró la ex manceba de Urbano IV que su ex querido instituyera la fes-

tividad del Corpus Christi? ¿No gobernó la Iglesia, bajo Benedicto XI (o X) la guapísima hermana del Petrarca? ¿No acaeció lo propio con aquella Julia Farnesio, dada por su hermano, el futuro Pablo III, a Alejandro VI, a fin de obtener el capelo? ¿No sucedió igual con la coima de Pío IV, que murió en brazos de ella? ¿No fué archifamoso el mangoneo que tuvo en lo eclesiástico la barragana que dió tantos hijos a Gregorio XIII?

Callé convencido. ¿Qué podía replicar?

* * *

—Ya tenemos papisa—continuó el Soplo color de ámbar—. Ya está en la “santa sede” Juan VIII. ¡Y qué bromas tiene la Divina Providencia! Juana fué durante algún tiempo uno de los mejores pontífices.

—¡Los designios de Dios son inescrutables!—murmuré piadoso.

Al principio Juana gobernó la Iglesia de Roma con un decoro de que había pocos precedentes en el Papado. Llena de piedad ministró sacramentos a trochimoche. Compuso cánones y prefacios que fueron encomiadísimos, y que después, naturalmente, se reputaron obra de Satán. Consagró basílicas, iglesias, oratorios. Ordenó clérigos de todas jerarquías. Dijo misa. Y, en fin, hizo patente su estrecha familiaridad con el Espíritu Santo. Pero ¡ay!, la socia tenía su alma en su almarío. Y estábase desde la muerte de su querido sin mondar la simbólica manzana, tan de su gusto desde niña.

—¿Y el papa tuvo un querido?

—Uno, que se sepa. Y tan secretamente manipuló con él en la silla de San Pedro, que la papa vino a tener barriga, sin que aún hoy se sepa si el autor del preñado fué un cardenal, como se tiene por más cierto.

Pegué un brinco.

—Dime, Soplo—aduje—. Pero, ¿no me tomas el pelo con tu Juan VIII?

—Vuestro antiquísimo y piadoso historiador, don Rodrigo Sánchez, obispo de Palencia, trae que en tiempos del castellano Alfonso III paparon en Roma León IV, Juan VIII y Benedicto III. Lo propio atestigua el añejo Alonso de Cartagena, quien nombra rotundamente a Juan el Inglés.

—Con todo, ¡quedar preñado un papa!

—La Historia consigna cómo el emperador Luis II, hijo de Lotario, estuvo en Roma para recibir de la papisa el cetro, la diadema imperial y la santa bendición. Porque Juan VIII convenció a Lotario de que se retirase a la abadía de Prum, dejando el trono a Luis. Por cierto que, a causa de tal lance, Graciano inventó a la abadía esa el privilegio de una prescripción por cien años. Figura en el conjunto de decretales que la Iglesia defiende por legítimo y que la crítica repudia por falso.

—Sin embargo, ¡un papa con comadrona!

El Soplo se encogió de hombros.

—¿Dudas?—repuso. Y tendiéndome un libro repitió—: “Haz a tu vientre que coma”.

¿Qué iba a replicar? Me comí el libro. Zampémelo mientras el Soplo decía:

—Se trata de algo que escribió un papista de tomo y lomo, vuestro insigne Pedro Mexía. Lee el capítulo IX de su "Silva de varia lección", obra impresa en Sevilla el año de 1542. Y advierte que tal capítulo fué luego eliminado por el Santo Oficio:

He aquí lo que fué leyendo mi vientre:

"Casi ninguno hay que no sepa, o por haberlo leído o oído, que hubo una mujer que fué papa andando en hábito de hombre; pero, porque no saben todos cómo ésto pasó, y sea uno de los admirables casos que han pasado en el mundo, quiselo escribir aquí, según lo hallo escrito por autores verdaderos.

"Fué, pues, una muger, natural de Inglaterra, la cual en su mocedad tuvo deshonesta conversación con un muy grande hombre en letras, del cual siendo muy amada, y él della, tomando hábitos de hombre llamándose Juan, dejó su patria y naturaleza, y fué con él a la ciudad de Athenas, en Grecia, en la cual había en aquel tiempo grandes academias y general estudio. Donde con un buen ingenio y mucho estudio aprendió y supo tanto, que venida desde algunos años en la ciudad de Roma, todavía en hábitos de hombre, tuvo cátedra y enseñó públicamente.

"En lo cual, y en las públicas disputas, llegó a tanta estimación, que fué tenida por el más docto hombre de su tiempo, y alcanzó tanto favor y autoridad entre todos, que vacando después la silla apostólica por muerte de León IV, deste nombre, en el año de Señor de 852, fué elegida, creyendo ser hombre, por sumo Pontífice de Roma y Papa universal en la Iglesia de Dios; y así presidió en aquella silla dos años y treinta días.

"Y como aun en aquel trono puesta no guardase castidad,

tuvo ayuntamiento con un esclavo suyo muy privado, en quien mucho se fiaba, del cual se hizo preñada. Y lo encubrió con tan gran diligencia, que otra persona sino aquél no lo sabía. Y como Dios no quisiese permitir que tan gran maldad durase más tiempo, acaesció así, que un día yendo ella con la solemnidad que solían, a visitar a San Juan de Letrán, y fuese el tiempo que había de parir llegado, del pecado secreto plugo a Dios hacer público castigo”.

”Llegando a cierto lugar entre la iglesia de San Clemente y el teatro que impropriamente llaman Coliseo, con graves dolores parió una criatura, con espanto desigual de los que allí estaban, y juntamente murió allí súbitamente; y fué enterrada sin honra ni pompa alguna.

”Por este caso tan estraño, que en aquel lugar pasó, es común opinión que, cuando los sumos Pontífices después acá van al Lateranense templo, en llegando cerca de allí tuercen su camino y no pasan por aquél lugar en detestación de tan horrible caso. Y también, porque otra mujer tal como la dicha, por ventura no pudiese hacer semejante engaño, hay hoy día una silla en el palacio sacro, abierta por lo bajo, para que se pueda ver encubiertamente si es hombre el que se elige.

”Dícese también que hay en aquel camino una estatua de piedra, que representa el parto y muerte desta atrevida muger”.

Llegado aquí, mi vientre suspendió la lectura. Y estupefacta preguntó mi boca:

—¿De manera que es cierto? ; Un papa, revestido de todos los ornamentos, en traje de luces y rodea-

do por solemne comitiva, parió en mitad de la calle!
Pobre, pobre, cien veces pobre Espíritu Santo!

—¡Sí, rejinojo!—exclamó el del Sexo ambarino—. El día de las Rogaciones, año de 855, el papa Juan VIII cayó de su corcel cuando, entre pendones, cirios, cruces, obispería, cardenales, clérigos menores, magistrados, caballeros y cuantioso gentío, dirigíase a San Juan de Letrán. Allí le tocó la divina Gracia donde toca a las mujeres en trance tal, y presa de los dolores que gimen tan bien cuantas han parido sin ser sucesoras de San Pedro, la infalible soltó un rorro entre el espantado concurso.

—¿Espantado?—comenté—. Rarísimo es ver parir a un Vicario del Señor; pero en un dogma donde hay quien pare sin auxilio ajeno y continúa con el himen intacto, ¿no sé cómo pasarse de que dé a luz un papa! En fin, ¿qué sucedió entonces?

—Que allí mismo, entre la desatada ira de los clérigos, la infalible y su hijo fuéronse al mundo en que dicen estoy sentado eternamente. En lo sucesivo, la procesión de las Rogaciones se abstuvo de atravesar la plaza donde aconteciera el alumbramiento papicio, para, con muy buen rodeo, encaminarse a San Juan de Letrán. Como en lo sucesivo, se practicó la ceremonia del manoseo, a fin de comprobar que el papa, si bien podía tener chicos, no podría repetir la faenaza del parto A. M. D. G.

—¡Ahí tienes otra infalibilidad! —repuse con grandes risotadas—. ¡La del tacto! Bien, ¿y qué hubo del monumento de marras?

—Allí se estuvo hasta que, a fines de su papazgo,

lo mandó deshacer Benedicto III. Mas el zócalo permaneció intacto bastantes centurias. Dietrich de Nien, que lo vió aún en el siglo XV, afirma conservaba todavía la inscripción: "PA. P. P. P. P. P.", que todo el mundo interpretaba: *Parce, Pater Patrum, paruit Papissa Papellum*. ¡Si supieses lo que ha sucedido la Iglesia para controvertir la formidable interpretación! ¡Y para escabullirse respecto al busto de Juana en la catedral de Siena y a otro monumento que también hubo en Bolonia! ¡Y para negar que el Benedicto III, sucesor de la papisa, fuera quien estrenase la silla del agujero!

No lo pude remediar. La imagen de un papa dando a luz entre sus sagrados ornamentos, volvió a producirme tal risa, que riendo a boca llena me desperté.

Aún estaba en la iglesia. Proseguía el sermón. Y el de la prédica tronaba:

—“Sí, hermanos: el Señor ha demostrado por mil caminos la infalibilidad del soberano pontífice y el deber que todos los hombres tenemos de imitar a Su Santidad en el uso de sus virtudes”...

Augusta Vivera

Tesoro de la literatura revolucionaria

¡UN ACONTECIMIENTO EDITORIAL!

Sin retroceder ante sacrificios, LA NOVELA PROLETARIA publica la incomparable serie de narraciones llamada TESORO DE LA LITERATURA REVOLUCIONARIA.

¡Todas, obras desconocidas en España!

¡Todas, de autores que han vivido los episodios que relatan!

He aquí algunos títulos de esta magna colección, que no publicará ninguna Editorial burguesa:

LA LUCHA DEL SOLDADO ROJO, por EMILIO MADARASZ (núm. 23 de LA NOVELA PROLETARIA), EL TRAIADOR, por G. NAZARLI; LA MUERTE DEL REVOLUCIONARIO TADJIK, por ADREDDINE AYNI; AMOR COMUNISTA, por ALEJANDRA KOLONAY; LUCHA A MUERTE, por MARKO MARTCHEVSKI; EL CRIMEN DE LOS KULAKS, por G. KOSINKA; MATANZA DE JUDÍOS, por ISAAC BABEL; LA CAMARADA Y LA PROSTITUTA, por ALEJANDRA KOLONAY; EL ERMITAÑO, por MÁXIMO GORKI; EL CRIMEN DE LOS KULAKS, por G. KOSINKA.

Esta colección será una joya incomparable, sin igual en España.

Ejemplar, 25 céntimos.

Pedidos a


Ediciones Libertad,
ROMA 41 MADRID

La "Biblioteca de los Sin Dios"

Lleva publicados los siguientes cuadernos, de muy esmerada presentación, preciosas portadas de Argüello y magnífico papel:

BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS



«Jesucristo, homosexual». —16: «El Santo revoltillo de la Misa». — 17: «Adán, Eva y Compañía». —18: «3 decálogos por 3 = 30 mandamientos». —19: «Pilato echa las muelas». 20: «El cuento de las vírgenes que paren». — 21: «Magos, pastore sy otros belenes». —22: «El Papa que parió». —23: «Los Apóstoles y sus concubinas».

Cada cuaderno estudia, en forma amenísima y con gran copia de argumentos, un aspecto de la Mitología y el dogma cristianos.

Su autor es **AUGUSTO VIVERO**
tan especializado en estos asuntos.

Precio de cada cuaderno: VEINTICINCO CENTS.

Avantamiento de Madrid